

mación del monólogo «Todo es dar en una cosa», de *Tirso de Molina*, que durante algún tiempo dirigió el convento trujillano de frailes mercedarios. De la ciudad de Pizarro vamos a Guadalupe, centro religioso e histórico de Extremadura y de la Hispanidad, nombre de universales resonancias. El monasterio de Guadalupe es al propio tiempo, templo de la fe y archivo del arte con los riquísimos trajes de la Virgen, cetros, collares de oro, guarnecido de brillantes, relicario de inmenso valor, cuadros de los pintores más famosos, sarcófagos de reyes, de grandes de la tierra. A estos tesoros agreguemos además el nuevo trono con el que se dotó recientemente a la Morenita de las Villuercas para evocar cumplidamente las bodas de plata de su coronación canónica. Los inmensos tesoros guadalupanos fueron contemplados por los expedicionarios bajo la más profunda admiración, oyendo las explicaciones de los reverendos padres Escribano, Torrejón y Alcántara: sus verbos vibraron en alabanza de la Virgen de los conquistadores.

Con la visita a Guadalupe terminaron las Jornadas Literarias. Las rutas recorridas han sido sugerentes y emotivas. Las poblaciones de Plasencia, Coria, Cáceres, Arroyo de la Luz, Brozas, Alcántara y Trujillo, los Monasterios de Yuste y Guadalupe, las pujantes realidades sociales de los pantanos «Rosarito», «Gabriel y Galán» y «Borbollón», el poblado modelo de Matón de los Iñigos, los anhelos y proyectos para el futuro, el caminar por la ancha y parda Extremadura, la presencia de sus gentes acogedoras, sencillas y austeras, todo lo que—expuesto con sinceridad—ha podido examinar el equipo de hombres de pluma que durante cinco días permaneció en la provincia de Cáceres, nos consta que les impresionó notablemente.

En Guadalupe, junto a su grandioso Santuario construido cabe la serranía abrupta de las Villuercas—que cantara el poeta Angel Marina— en medio de un paisaje bravo y bellissimo, la Alta Extremadura despidió con efusión a los sesenta y dos escritores que la han conocido y entendido, tornando a sus lares con frases de gratitud y dispuestos a recoger el emotivo itinerario, todo lo mucho y bueno que guarda Cáceres, en un volumen en el que se darán cita estos alados ingenios con los que hemos departido y confraternizado para siempre.

Las Jornadas Literarias por la Alta Extremadura han constituido un éxito rotundo, han contribuido a elevar el tono de la vida cacaña y han hecho posible que una élite de las letras y del periodismo pueda dar testimonio de una parte de España que trabaja y sueña, ríe y labora...

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

PAGINAS ANTOLOGICAS

1

**VERTE, QUE VISION TAN CLARA**

VERTE qué visión tan clara.  
 Vivir es seguirte viendo.  
 Permanecer en la viva  
 sensación de tu recuerdo.  
 Verte. La distancia nace.  
 El cielo suprime al cielo.  
 La vida se multiplica  
 por el número de puertos.  
 Todo colmado por ti.  
 No ser más que el ojo abierto,  
 y eternizar el más leve  
 escorzo de tu silencio.  
 Verte para amarlo todo.  
 Claustro en tranquilo destierro.  
 Dulzor de caña lunada.  
 Luz en órbita de sueño.  
 Mortal límite de ti.  
 Cielo adolescente y tierno.  
 Núbil paciencia de playa.  
 Vivir es seguirte viendo.  
 ¡Verte, abril, verte tan sólo!  
 Tranquilísimo desierto.  
 Pena misericordiosa.  
 Sosegado advenimiento.  
 Verte: qué oración tan pura,  
 islas, nubes, mares, vientos,  
 las cinco partes del mundo  
 en las yemas de los dedos.

(De Abril.)

## LO QUE NO SE RECUERDA

PARA volver a ser dichosos, era solamente preciso el puro acierto de recordar. Buscábamos dentro del corazón nuestro recuerdo. Quizá no tiene historia la alegría. Mirándonos adentro, callábamos los dos. Tus ojos eran como un rebaño quieto que agrupa su temblor bajo la sombra del álamo... El silencio pudo más que el esfuerzo. Atardecía para siempre en el cielo. No pudimos volver a recordarlo. La brisa era en el mar un niño ciego.

(De Rimas.)

y 3

## VIVIR PARA VER

TODO era alegre en el claro resplandor de la mañana, y al mirarte sentí el llanto borrándome la mirada.

Llorar y ver son virtudes que un mismo sentido enlaza como acompaña en la nieve el silencio a la pisada.

Todo era alegre y sentía, con la visión, la distancia; le di descanso a mis ojos: ¡de sólo mirar lloraban!

(De Rimas.)

LUIS ROSALES



## Voces y expresiones viciosas

### La Preposición *a*.

**S**

ORPRENDÍANSE unos buenos amigos míos de que debiera decirse:

«Los Reyes de Jordania

visitan a Toledo». Esto es, que hubiese que poner la preposición *a* delante del nombre de la ciudad visitada por tan egregias personas. No me llamó a mí la atención tal extrañeza porque dicha construcción gramatical, si bien es la correcta sin duda alguna, como probaremos más adelante, apenas se ve o se oye en nuestros días. Las corrupciones se generalizan de tal modo que se convierten en verdaderas leyes, o al menos decretos del lenguaje, pues acaban imponiéndose a todo el mundo con el mismo aparato y propiedad de las cosas legítimas. A los puristas les desagradan estos orígenes espurios, pero ¿qué remedio cabe, sino someterse a la voluntad colectiva? La fuerza del número raras veces claudica ante los dictados de la razón, quizá porque los que nos llamamos seres racionales, no siempre lo somos.

Recordemos a quienes lo hubieran olvidado, que la preposición, mal considerada parte de la oración y que por sí sola nada significa, sirve para denotar la relación que existe entre dos palabras. Contribuye, pues, tal partícula a señalar el sentido en que se emplea cada voz, si ésta tiene más de una acepción. No es lo mismo decir «protestar de» que «protestar contra»; porque las protestas pueden ser de fidelidad, de inocencia, de justicia o *contra* tal o cual actitud, comportamiento, etc. «Contar con José» para esto o aquello, que «contar a José» tal o cual cosa. «Acordarse con un amigo» para hacer lo que sea, que «acordarse de un amigo», traerle a la memoria, nombrarle, etc.

Constriniéndonos a la preposición *a* digamos que es la *ad*, apocopada, del latín. Los servicios que presta al lenguaje son diferentes según corresponda a la mentada partícula latina de acusativo o a la *a* de ablativo. Bastará reavivar en la memoria la multitud de frases adviviales y castizos modismos de nuestra lengua para que nos demos cuenta de la importancia que tiene esta preposición.

Delante de los nombres propios de nación, ciudad o persona, de